

MARIQUITA PÉREZ

Mar González Alberto

Surcos de historia recorren su rostro. Telarañas habitan en sus ojos. Tatuado en el alma el símbolo de la desesperación. Sus pies gastados se dirigen hacia ninguna parte. Sus escasas pertenencias siempre la acompañan. Algunas fotografías, tan viejas y gastadas como ella. Su alianza de boda, tan fina cómo el hilo que la mantiene viva. Un desfasado joyero cuyo valor son las agujas, hilos y botones que contiene. Trozos de tela, remiendos de un simulacro de vida. Suspira. Otro largo día de deambular le espera. ¿Cuándo se acordará el Señor de ella? Ha recogido su preciada manta del banco dónde ha pernoctado ésta noche. Duerme vestida. Hace mucho tiempo que no tiene pijama, sábanas ni cama. No tiene nada. Mira alrededor, mas por costumbre que porque se le vaya a olvidar algo. Tiene que buscar un bar para hacer sus necesidades. También asearse. Desenrollar la madeja de nudos que tiene en su cabeza. Cosas básicas, sencillas pero cada vez es más difícil llevarlo a cabo. Antes podía hacerlo en el café Central, ahora que lo han reformado, es persona non grata. Es curioso, mientras está en la calle no existe, nadie la ve. Las cosas cambian cuando hace el intento de traspasar las puertas. La pordiosera que hay en ella se ilumina con un foco invisible perceptible a muchos metros. Los grandes almacenes ya hace tiempo que los tiene olvidados. Allí era fácil, tenían de todo. Pero todo lo bueno se acaba, es la máxima que rige su existencia. Llega hasta la plaza Uncibay. La llama Paco, que tiene un pequeño local de churros desde hace muchos años.

- Mariquita, tómate un cafelito y unas porras, que hace un frío que pela.

Una desdentada sonrisa le da mudas gracias mientras una solitaria lágrima recorre su cara. Todavía hay gente con corazón, buena. Que ven más allá de la apariencia. Quedan ya pocos sitios donde la conozcan. Málaga está cambiando a un ritmo vertiginoso. Hay muchos bares nuevos, donde no se come pero donde se paga mucho. Lo más increíble es que la gente hace cola para entrar. Vuelve sobre sus pasos. Entra por el pasaje chinitas, allí está el último reducto para su aseo. Una vieja casa con una puta vieja.

- Pasa Mariquita, el baño te espera.

Bajo el chorro de agua caliente su viejo cuerpo se reanima. Las toallas suaves y esponjosas la trasladan hasta una pradera de flores silvestres. La vieja dama le ha regalado una camiseta interior térmica. Un regalo inesperado que pronto tomará el tufo en el va envuelta. Sale agradecida. Se despide hasta la semana que viene.

En el callejón se le posa un pajarillo en el hombro. Se encuentra tan perdido como ella. Sus alegres colores le iluminan la cara. No sabe que es un inseparable que la ha adoptado. Lo mete entre sus caídos pechos al tenue calor que desprende. Va hacia calle Cisneros, se detiene ante la antigua juguetería del 99. Ahora sus estanterías tan vacías cómo su vida. Después hacia calle Horno llamada así por el único horno de pan que había en Málaga hace cientos de años. Ahora es también un restaurante. Han podido recuperar su fachada original borrada con cal por una epidemia de peste. Conoce muchas cosas de la ciudad, no ha perdido el interés pero no tiene nadie con quien compartirlo. Es otro viejo libro que quedará sin leer cuando se vaya. Vuelve sobre sus pasos. Se para ante el brillante escaparate de Antonio Parriego. A pesar de la nebulosa de sus ojos se esfuerza por ver los zapatos. También los precios. Mira sus desgastadas zapatillas. Cortadas por delante para dar descanso a sus clavadas uñas. Asoma solitario su juanete hoy de color rojo por el frío. Se refugia en su abrigo y el pájaro se queja. Se mete por calle Nueva, callejea con su carro. Se detiene a

descansar y al mirar donde está ve frente a ella una muñeca Mariquita Pérez. Tenía siete años cuando sus padres se la regalaron. Nunca supo de donde había salido el dinero. Pero aún podía verla con su abrigo color burdeos de terciopelo y su gorro a juego. Fue su amiga y compañera durante mucho tiempo. La hermana que nunca tuvo. La familia que arropaba sus tristezas. La única que la quería sin condiciones. Sus padres no eran malos pero no sabían transmitir el calor de hogar. Les pilló demasiado mayores su llegada y creo que también desprevenidos. Se habían hecho a su rutinaria existencia. Mi padre en las labores del campo y mi madre en sus quehaceres. Recuerdo el olor del queso de cabra que mi madre hacía con la leche que le traía mi padre. La matanza del cerdo a principios de diciembre. Las migas de harina los días de lluvia. Las ferias de ganado, donde íbamos todos juntos a canjear animales y alimentos. Una existencia apacible y tranquila, sin grandes sobresaltos. Mis padres murieron con un año de diferencia. Me quedé con apenas veinte años sola. Con una casa, terreno y animales. No daba abasto para todo. Me faltaban horas. Por muy temprano que empezara nunca terminaba. Ese año al llegar la feria fui con mis animales. Allí conocí a un tratante llamado Federico. Me enamoró con su palabrería, con su planta. Me cortejó durante un tiempo y yo no podía creer en mi buena suerte. Le gustaba el campo y los animales. Estaba dispuesto a dejar las ferias para casarse conmigo. Así lo hicimos. No hizo falta que pasara mucho tiempo para que asomara su verdadera personalidad. No me quería, solo ambicionaba lo que yo poseía. El desamor pronto habitó en nuestro hogar. Éramos tres en discordia. Dios no nos dio hijos de lo cual me alegré bastante. El se pasaba los días enteros por ahí. En los bares, en juergas flamencas y en las casas de mala reputación. Mi patrimonio que pasó a ser suyo cuando nos casamos fue mermando. Los animales hace tiempo de desaparecieron. Los campos se dejaron de trabajar. El dinero no entraba en casa. La casa se iba

deteriorando por el abandono de años. Un día llegó la guardia civil hasta mi puerta. Me contaron que había habido un accidente en la carretera de Cómpea. No hicieron falta más palabras, suspiré aliviada. Creo que ahí fue cuando el Señor me castigó, por alegrarme de su muerte. No sabía aún que me había dejado un regalo de despedida. Sólo tres meses después me llegó la notificación del banco. Ahora eran ellos los dueños de mis tierras, de mi casa y de mi vida. Con cincuenta años y sin familia. Sin nadie a quien recurrir. Sólo mis pies y una carretera serpenteante. Un carro con lo poco que pude meter dentro de él. Los elementos por eternos amigos. Abro los ojos y vuelvo a ver la muñeca que me devuelve su sonrisa cansada. Tiro de mi carro con decisión.